

## ADIÓS A ROSER.

El día 15 de abril falleció nuestra compañera Roser Pérez-Simó.

Roser fue presidenta de la Associació Catalana de Professionals de Salut Mental, la AEN catalana, y miembro de su actual junta directiva. Estuvo hasta el final en el tajo. Su trayectoria profesional estuvo marcada por el desarrollo del modelo de salud mental comunitaria y el respeto a la condición personal del paciente. Ante una psiquiatra oficial muy reduccionista y asilar, siempre defendió la importancia de contar en el tratamiento con los recursos sanos del individuo y de su entorno familiar y social. Fue así como en un momento histórico de grandes cambios sociales y políticos, aportó la visión de la psiquiatría dinámica de sector, que conoció de cerca durante su formación en Francia. Impulsó proyectos que han pasado a formar parte de la red catalán de asistencia pública actual.

Entre sus meritos destaca haber sido una de las promotoras del Centre d'Higiene Mental de Les Corts, haber liderado la transición de la atención pública a una psiquiatría comunitaria desde la Diputación de Barcelona, promover el reconocimiento de la psiquiatría del niño y del adolescente desde el Hospital de Sant Joan de Déu y desde el Congrés Català de Salut Mental del Nen i l'Adolescent. Y quedar en la memoria de muchas personas.

### **EN MEMORIA DE BEGOÑA MAZAGATOS URIARTE (VOCAL DE LA JUNTA DIRECTIVA DE OME-AEN). TEXTOS NACIDOS EN LA AMISTAD COMPARTIDA.**

#### **1. “UN BESO... Y UNA MANO”.**

Recuerdo cuando me contaste por primera vez lo que padecías, que no había cura y que te quedaban unos meses de vida: ¡como mucho un año! Tu determinación de dejar todo ordenado para tus hijos, era rotunda.

En estos meses, en los momentos que he estado contigo, después de contarme como iba el proceso de la enfermedad, hemos hablado mucho de la muerte, era común

nombrarla. Un día, con fuerza, dijiste: “sólo se muere una vez”. Y que por eso nos impone el miedo, como todas las primeras veces de todo. El miedo máximo en este caso, alguien dijo: “La muerte es la soledad absoluta”.

Un día, ante tu preocupación, hicimos bromas, sobre lo que otro alguien había dicho (siempre hay “un listo” que dice antes lo que uno intuye) y es que “para morir no hay que ir a la Universidad”, todo el mundo aprueba, no hay suspensos. Habías comentado tu miedo de morir ahogada. Y entonces también yo conté los miedos que pasé en mi año y medio de Médico Rural, recién terminada la carrera. Te describí la anécdota: de un anciano de 95 años al que frecuentemente visitaba y le tomaba la tensión arterial y me hablaba de su vida, que, como todas, había sido dura; un día me avisan que había fallecido, de noche, dormido y las hijas se dieron cuenta al ir a despertarle para desayunar; y cuando estaba haciendo el certificado e iba a poner “parada cardiorrespiratoria”, entra una vecina y me dice: “Doctor se ha muerto con toda la salud”, cenó normal y se acostó como siempre... (puse en el certificado...). Sonreíste y te dije que así íbamos a morir todos, con toda la salud. Todo es vida hasta el suspiro final.

Begoña no murió el 28 de Abril, día de San Prudencio, como aquel anciano, “con toda la salud”, murió como nos vamos a morir todos, por la misma causa, y “otro listo” lo dijo: “porque estamos vivos”. “Y hasta el final, muy viva”. Verbalizando unas horas antes, lo triste que estaba, el miedo que sentía, con lágrimas, al mismo tiempo seguía controlando el tratamiento con sus enormes ganas de vivir.

En ese momento, recordé otro día, en su casa, su respuesta ante mi comentario de ¡cómo te cuidas!, y me sorprendió su convicción al decirme: “He prometido a mis hijos que voy a vivir lo más posible”. Origen de su fuerza en todos estos meses.

Citando a “uno de los listos habituales en nuestras charlas” (Freud): quien dijo “Sin amor no hay cura”. Begoña gozó de tener a su lado gente que la quería, cuidaban y mimaban, además de su familia. Para la “enfermedad de vivir” no hay cura, (o si, que es la muerte), siempre hay alivio: “yo sostengo, que el único objetivo de la ciencia es aliviar las fatigas de la existencia humana”. Por esto siempre un beso y nos dábamos la mano y muchas veces, ingresada, estábamos dos personas, una a cada lado de la cama, agarradas las manos. Me gusta, dijiste, un día. ¡Y es que un beso y unas manos alivian! ¡No te han faltado!

Aquí voy a poner dos versos de la poeta E. Dickinson:

“Que el amor es todo lo que hay  
es todo lo que del amor sabemos”.

En otro momento al percibir mi preocupación ¡No se te escapaba una! Me preguntaste y te dije que sí, que también tenía mucho miedo, y, que en parte era por su culpa.. ¿Yo? Le recordé cómo hacía tiempo habíamos acordado que nosotros no nos podíamos morir, por nuestra situación familiar (los dos viudos y con un hijo discapaci-

tado). Empezaste a protestar y me miraste fijamente, por si estaba de broma, antes de que te enfadaras, dije: ¡Bueno, ya te he perdonado! Nos reímos.

Begoña, además, ha sido una gran profesional. La única Psicoanalista de la APM (Asociación Psicoanalítica de Madrid) y de la APN (Asociación Psicoanalítica del Norte). Gracias a ella hemos conocido a grandes profesionales que nos han estimulado y enriquecido.

Pero no quiero idealizarla, éramos amigos con nuestros defectos.

Nos morimos desde que nacemos y nuestra ignorancia de qué es lo que hay después es absoluta. Lo que sentimos y pensamos lo hacemos desde este lado, forma parte de la vida. Lo hacemos con nuestro cerebro, que es lo que es. Sin más. No sabemos si existe otra vida, si existe Dios y aquí me acuerdo de la famosa apuesta de Pascal, que él la resuelve diciendo que creyendo siempre se acierta, y la eternidad. Añadiré que creer es: hacer una vida digna, ética, ser buena gente, familia, trabajo, amigos...

Para terminar, quiero expresar desde aquí, ese sentido de Begoña de haber sido “buena gente” y, allí donde todavía vive, buena persona.

Finalmente señalar que:

Además, ¡si no sabemos nada, podemos esperararlo todo! ¡Y siempre nos quedará soñar!

Un beso fuerte para Iker y Erika, sus hijos.

Un beso Begoña. Nos veremos.

Emilio Gallego Gallego

## ***2. RECORDANDO A BEGOÑA.***

Conocí a Begoña recién llegada a Vitoria a finales de los años ochenta. Terminaba mi estancia de varios años en Francia y comenzaba una nueva etapa en mi vida, de la que siempre ha guardado un recuerdo imborrable, por la secuencia de acontecimientos vividos. Todo resultaba nuevo e incierto para mí y no voy a negar mis miedos, zozobras e incertidumbres.

En este contexto, se inició mi relación con Begoña. Éramos jóvenes y empezábamos nuestra andadura profesional. No compartíamos espacios de trabajo, pero sí algunos lugares de encuentro, relacionados con nuestra profesión.

La continuidad de los encuentros, la reconozco en las imágenes que guardo de ella: pelo corto, media melena, coleta... de que eso indica algo compartido en el tiempo, no hay duda.

Su mirada azul, viva, fija, chispeante, acompañaba todos los encuentros en los que no faltaba tema de conversación.

Sentía interés por lo aprendido en mi etapa francesa, por la adaptación en mi nuevo destino; manteníamos discusiones apasionadas sobre el trabajo de una y otra y sobre la psiquiatría en general; intercambiábamos preocupaciones personales –salud de los padres, crecimiento de los niños-nuestra propia salud y disfrutábamos de la risa, de la despreocupación, en los momentos compartidos alrededor de una mesa con nuestros compañeros.

Además, tuve también la suerte de poder compartir con ella, la curiosidad sobre los objetos encantados que su marido cuidaba con mimo, y que más de una vez han alegrado las Navidades a mis sobrinos.

Estos encuentros, gota a gota, impregnaron el curso de mi vida vitoriana de un tono amable, fresco e inolvidable.

Recientemente, en Vitoria, con motivo de su recuerdo religioso, su hijo Iker me recibió con un abrazo en el que reconocí intensamente, la presencia de mi muy querida Begoña.

*Una caja de música suena entre sombreros  
y una bailarina enroscada  
con su precioso vestido verde  
baila hasta quedarse dormida (Ana Sánchez Serrano)*

Agur Begoña.

Pilar Oronoz Badiola

**“HA MUERTO ENRIQUE RIVAS,  
PERO HA MUERTO VIEJO Y SIN AÑOS”.**

Queridos socios de la AEN y simpatizantes del psicoanálisis: lamentamos comunicarles que ha fallecido nuestro querido compañero y amigo Enrique Rivas Padilla, Presidente de la Sección de Psicoanálisis de la AEN.

Enrique fue psiquiatra, psicoanalista, miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis desde sus orígenes en Madrid, escritor, ensayista y poeta.

Uno de sus empeños fundamentales fue la inserción del psicoanálisis en la institución pública de salud mental, que desarrolló a lo largo de toda su carrera profesional desde los tiempos de la desinstitucionalización y la reforma psiquiátrica, y a lo largo

de sus sucesivas responsabilidades como coordinador (en el centro de salud mental de Ciudad Lineal, y en el centro de salud mental de Hortaleza). Esta intersección entre el psicoanálisis y la psiquiatría constituyó para Enrique un debate y un tema de investigación que trasladó a las distintas jornadas de la Sección que se celebran bianualmente en el Colegio de Médicos de Madrid, y en los congresos y foros en que participó y en el Grupo de Investigación de Psicoanálisis aplicado de la Escuela, y también se tradujo ya en el 2000 en la publicación del libro “Psiquiatría-Psicoanálisis. La clínica de la sospecha”.

Su otra gran dedicación clínica e investigadora fue la psicosis, a la que dedicó sus dos últimos libros: “Pensar la Psicosis. El trato con la disidencia psicótica o el diálogo con el psicótico disidente” en el 2005, y “Pensar la psicosis II. La anomalía generalizada del sujeto contemporáneo”, que firma con su hija Eva, y que tuvimos la oportunidad de presentar hace unas semanas. Los dos constituyen uno de los estudios sobre la psicosis más importantes habidos en nuestro país desde la orientación de Freud y Lacan.

En este momento de profundo dolor le hacemos llegar a sus familiares (y particularmente a su hija Eva, nuestra querida compañera en la sección y el psicoanálisis) nuestro más sentido pésame, y un abrazo de la comunidad psicoanalítica de Madrid.

Hoy 16 de junio en el tanatorio de Madrid, junto a una foto de Enrique, podemos leer el poema que él mismo escribió con 20 años:

Yo caminante.

Si alguna vez me canso de vivir,  
como de andar, también se cansa el hombre,  
seguiré trabajando hasta morir  
en esta profesión que da mi nombre:

Caminante. Mi sueldo la tristeza,  
no tengo horas fijas de trabajo.  
Mi jornada es el tiempo, mi enemigo la pobreza,  
mi amigo todo el que venga también camino abajo.

Cada paso que doy es un verso  
que guardo con amor, íntimamente.  
Y sé que cuando miro en el reverso  
apolillado y sucio de mi mente,  
me descubre la rima del poema.  
El que habla de muerte y de cansancio  
de caminos gigantes. Al fin quema,  
el sabor de mi sangre amargo y rancio.

Por lo demás: un fin.  
Yo sé que escribirán en una losa:  
“Ha muerto Enrique Rivas, pero ha muerto  
viejo y sin años. Búsqese en la fosa  
la flora de bondad en este corazón desierto”.